
LA SIERRA DE DURANGO.

I

La antigua Guadiana, capital de la provincia de Nueva Vizcaya, y hoy del Estado de Durango, es una población simpática, colocada á las márgenes de un río y al pie del famoso cerro del Mercado. Por donde quiera que se llegue á ella, hay que atravesar el desierto, cuya soledad custodian los indios bárbaros. El cerro del Mercado, que se puede decir que es todo de fierro, es una de las riquezas que el porvenir reserva á nuestro país. Con sus piedras, ó más bien dicho, con su fierro, están formadas las calles de Durango. Se ha calculado que con el valor de ese solo cerro se podría formar al mundo una doble cintura de pesos mexicanos.

Muy someramente diremos que Durango es una de las poblaciones más adelantadas del Interior; sus habitantes son tal vez los más hospitalarios de la República; poseen muy finas maneras; y muy afectos á divertirse, pasan la vida en bailes y en conciertos. Allí, después de mucho tiempo, volvimos á ver el espantoso sombrero negro, que nuestra gente del pueblo ridiculiza tan bien con el nombre de sorbete. Los duranguenses hacen gala de vestirse lo mismo que si estuvieran en México.

Las casas de la ciudad son casi todas bajas, pero amplias y cómodas. Los edificios religiosos son hermosos. Nosotros tuvi-

mos el gusto de ver la iglesia de San Francisco, en compañía del bravo Patoni, de ese héroe de Leyenda, que atravesaba solo la Sierra con su rifle de 20 tiros á la espalda, y al cual sólo pudo matar el asesinato: allí los santos habían sido sustituidos por cañones rayados, y los altares por pilas de granadas; la ciudadela de los frailes se había convertido en el templo de la guerra.

Durango tiene un teatro, que es el segundo que se edificó en el país; una plaza de toros, un baño llamado las Canoas, y no sabemos cuántos edificios públicos más, porque apenas pasamos por la ciudad; y además, desde que llegamos nos encontramos flanqueados por agradables botellas de Champagne, y durante los ocho días que allí estuvimos, no nos abandonaron esas buenas amigas de nuestros amigos de Durango: pasamos la vida en almuerzos, comidas y bailes, y por eso es que nuestros recuerdos están como estaban nuestros ojos, algo turbios.

Pero sí recordamos un hecho original. Todos saben que Durango es la tierra de los alacranes, y que al año se matan millares de ellos: el Ayuntamiento paga á los muchachos un tanto por cada docena que entregan; los presentan vivos dentro de una botella. Cuando menos se piensa, los muchachos hacen una irrupción en las casas, armados de su botella y de su vela, y empiezan sin ceremonia ninguna á llenar la primera de alacranes. Para que el Ayuntamiento les pague las docenas de alacranes que presentan, deben llevarlos vivos dentro de su botella. Pocos días antes de que llegáramos, un muchacho, al llevarla á presentar, tropezó y cayó con ella; en el instante se esparcieron por su cuerpo los alacranes, y en el momento quedó muerto.

Los alacranes viven del lado del río donde están las casas de los ricos, y casi nunca, según nos contaron, se les encuentra del lado en que están esparcidas las chozas de los pobres. Los alacranes en Durango hacen la compensación que hay siempre en los goces y sufrimientos de todas las clases de la sociedad. Ningún joven enguantado, ninguna dama que, envuelta en las nubes del raso blanco de su traje de baile, vuelva en la noche á su casa, se atreverá á llamar con su mano á la puerta, de miedo

de encontrarse con la lanceta venenosa de un alacrán. Ningún viejo solterón se atreverá á acercar sus labios á la reja para besar la mano de su amada, de temor de encontrar en el frío hierro sus temidas antenas. Pero mientras á la luz de la vela la rica señorita ve entre sus almohadones de encaje, en los cuales no quiere que se aniden sino los dulces sueños, si se oculta el terrible arcnide, el pobre de la orilla del río duerme tranquilo mientras un rayo de la luna, que cuelga en el firmamento, se desliza á acariciar su frente á través del mal forjado techo de paja. Esto nos convenció de que decididamente el Dios de los cielos era un buen demócrata.

II

No queremos dejar Durango para empezar á subir la famosa sierra, sin contar antes á nuestros lectores cuántas cosas pasaron en el estreno del cajón de ropa de Arregui. Este buen hijo de la Península Ibérica comprendía que era un grande acontecimiento abrir las puertas de su "Puerto de Mazatlán." Meditabundo estuvo por largos días, empleando todo el tiempo que pasó en arreglar las mercancías y disponer los armazones, en considerar de qué manera solemnizaría más tan fausto acontecimiento. Tal vez soñaba en su acalorada imaginación que debería hacer tanto ruido como el sitio de Troya ó la toma de Sebastopol. Por fin llegó el tan deseado día; su magín había trabajado más que el alambique de un alquimista; pero todo estaba dispuesto, todo arreglado desde la víspera. A las once de la mañana rompió el fuego sobre la multitud que ocupaba el frente de su tienda, y no creáis, lectores, que os engaño; que el buen comerciante había conseguido á fuerza de ruegos, que el buen Patoni le prestara media batería de piezas de montaña para solemnizar ruidosamente tan grande suceso. Pero como el asturiano, que asturiano debe haber sido, era buen católico, no quiso que se regocijase sólo el poder civil representado por la artille-

ría, sino también el poder eclesiástico representado por las campanas. En efecto, las detonaciones de las piezas fueron acompañadas por el repique á vuelo de las campanas de la catedral. Aquello era á un tiempo gusto de artillería y gusto de sacristanes.

¡Feliz tú, Arregui, que en un tiempo en que la unión del clero y del gobierno era imposible, cuando el primero peleaba por los franceses y el segundo por la independencia, lograste ponerlos conformes aun cuando sólo fuera en el placer de ver abierto tu cajón. El mundo seguirá rodando en el espacio, los años pasarán, y no será remoto que algún futuro Juan Mateos ponga por título á uno de los capítulos de cualquier novela que pase en Durango, por los tiempos de tu gloria: "de cómo un español con fe y sin miedo, estuvo á punto de conciliar el matrimonio civil con el eclesiástico."

A las descargas y á los repiques abriéronse las puertas, y la multitud fué recibida con botellas de Champagne y con jura de pañuelos y géneros.

Nosotros recomendamos á los comerciantes de México, cuyos cajones se ven diariamente vacíos, este modo de realizar, pues por experiencia hemos visto en Durango que le agrada mucho á la gente.

Largo sería contar todas las peripecias de esa fiesta, y sólo narraremos lo que más llamó nuestra atención. En el momento que cesaron las salvas y los repiques, el siempre famoso Arregui apareció en la azotea, y con no poco asombro de los espectadores, empezó á arrojar á la calle su sombrero, su levita, sus pantalones, y en fin, todo lo que llevaba sobre el cuerpo, hasta quedar como Adán en el Paraíso. Después volvió á vestirse todo de nuevo, y se irguió mirando orgulloso á la muchedumbre como diciendo: cáten ustedes en mí á otro hombre.

III

Muy grandes son los preparativos que hay que hacer para salir de Durango y atravesar la sierra: como en más de tres días no se encuentra una sola cabaña, es preciso abastecerse de carnes frías, conservas alimenticias, frutas secas y vinos. A nadie se le ocurre viajar aisladamente por aquellas soledades en que no daría un paso sin que fuera atacado por los apaches; el camino se hace en caravana, se esperan los viajeros hasta que forman un número respetable, y todos reunidos emprenden una verdadera marcha militar hasta llegar á los desfiladeros de la tierra caliente.

Nosotros buscamos, como es costumbre, una buena mula de paso que nos condujera por las estrechísimas y peligrosas veredas de la montaña, en donde cualquiera otra cabalgadura nos habría precipitado con facilidad á los profundos abismos por los cuales atraviesa el camino. A la hora fijada, estábamos ya caballeros en una hermosa mula tordilla, ensillada con la clásica vaquera, de cuya cabeza cuelgan dos grandes bolsas de cuero para las provisiones, que llaman cantinas. Reunida estaba toda la caravana, que se componía de más de doscientas personas, de las que unas eran viajeros que iban á Mazatlán á embarcarse para San Francisco, otras éramos peregrinos de la emigración, otras jefes y oficiales que marchaban al lugar en que les destinaba el Gobierno para pelear contra la intervención, y otras, en fin, comerciantes y arrieros que conducían sus reuas de mulas cargadas de mercancías que llevaban al puerto. Nos acompañaba una fuerte escolta de infantería que custodiaba una conducta de plata.

IV

A menos de una hora empieza á desplegarse el camino por la falda de la magnífica Sierra Madre, que como una culebra se extiende por toda América desde los Andes hasta las Rocallosas. La senda es estrecha y peligrosa y de una pendiente rápida, de tal manera, que en menos de ocho leguas la vegetación de la tierra templada desaparece para hacer lugar á hermosos y pintorescos bosques de encinas y madroños. Saliendo de Durango á las once de la mañana con una temperatura algo cálida, al caer la tarde atravesaba la comitiva un río helado, de donde parte una estrechísima rampa que, semejando la forma de un caracol, conduce á una hermosa plataforma que se eleva cortada á pico sobre el mismo río á una altura de más de doscientos metros.

Habiendo llegado nosotros unos de los primeros al punto de descanso, sentimos una impresión desconocida y grandiosa al contemplar desde aquella altura la caravana que se retorció á nuestros pies, apareciendo y desapareciendo por entre las calles de encinas, desplegándose sobre la nieve del río, y volviendo á retorcerse por las quiebras de la subida de donde desembocaba, formando un extraño ruido de alegría los gritos de los viajeros y los relinchos de las mulas. El corazón nos palpitaba de un modo inusitado al vernos por primera vez en el verdadero desierto, en esa inmensa soledad tan poblada de grandes pensamientos, de sublimes soplos que fingen en su sonido palabras misteriosas que parece pertenecen al idioma que habla el Eterno; mirando desarrollarse las quebraduras de las montañas en extensísimas selvas que murmuran con un murmurio gigantesco, no sabemos qué conversación entre sus hojas y el viento; selvas que se extienden y semejan en las ondulaciones de las copas de sus árboles, un mar alborotado, del cual se desprenden como isletas algunos picos de cerros sin vegetación. Allí se comprende la

magnífica imagen de Víctor Hugo, allí se conoce que la naturaleza es una Biblia abierta.

Por el Oriente se levanta la sombra de la noche, como si fuese el fantasma negro de aquellas montañas; por el Occidente, el sol se había hundido, y caía todavía su último rayo regando de diamantes las rocas, el cristal del río y las armas de la escolta que se había esparcido sobre la plataforma.

V

De Río Chico, que así se llama el punto en que descansamos el primer día, se sigue subiendo el monte y se rinde la jornada en un hermosísimo bosque llamado el Madroño. Es lo más curioso que pueda verse la parada de la comitiva. Los arrieros descargan sus mulas y forman su hato con los aparejos, haciendo una fortificación dentro de la cual se colocan para defenderse en caso de ser atacados por los bárbaros. Como ningún viajero atraviesa el desierto sin su fusil á la espalda, se ven sobre los muros de jarra de esa ligera trinchera relucir los cañones, mientras en el centro los arrieros encienden una hoguera para cocer su comida, y á su alrededor se sientan, departiendo en alegre y franca plática mezclada de ruidosas carcajadas. La tropa estableció su campo militar con sus centinelas de avanzadas, y el resto de los viajeros levantó sus tiendas de campaña. A nosotros nos habían formado una entre dos gigantescos árboles. Tanto por el excesivo frío que mantiene siempre el agua en congelación, cuanto para ahuyentar á los lobos que en esos parajes abundan, al lado de cada tienda y en medio de cada hato se levantaba la llama de una hoguera que chisporroteaba consumiendo algún tronco de encino. Como la noche era oscura y el campamento extenso, por donde quiera que se dirigía la vista se miraban las cabelleras de fuego de las hogueras, que se sacudían tiñendo con un color de sangre las copas de los árboles, las tiendas de campaña y los hombres que vagaban por el

campo, y que parecían no sabemos qué especie de visiones de leyenda alemana. Se escuchaba un ruido confuso formado por el alerta de los centinelas, el relincho de las mulas que pastaban libremente, el ladrido de los perros, y á lo lejos el aullido de los lobos, y más lejos aún ese magnífico rumor que en las grandes soledades se escucha en las altas horas de la noche, y que podríamos llamar el tumbo del mar de la inmensidad.

Este modo de formar los campamentos de una manera militar, es absolutamente indispensable para evitar los ataques nocturnos de los apaches, y aun así repetidas veces han sido asesinados los viajeros en el centro de sus hatos, y arrancadas sus 'cabelleras. Apenas si las mulas se separan un poco; pero aun ellas vuelven volando al menor silbido de sus amos. Estos animales están perfectamente enseñados: al rendir la jornada los arrieros les ponen su ración de maíz en pesebres portátiles formados de jarcía y sostenidos por tijeras de madera; al concluir su cena las mulas se van á pastar, y se mezclan las de unos arrieros con las de otros, y sin embargo, cuando al día siguiente silban sus dueños, no se confunden, y corren separadamente las de cada amo á colocarse en una perfecta línea recta delante de su pesebre, para tomar el pienso de la mañana.

VI

Cada día tiene el viajero un espectáculo nuevo y original, y lo inesperado de las sensaciones que experimenta, forman el encanto del viaje. El desierto presenta una nueva emoción; por muchas leguas se contemplan, á ambos lados de la senda, cruces fijas en el suelo ó clavadas en los troncos de los árboles, y osamentas humanas esparcidas por todas partes. No puede menos de sentirse pavor al mirar esos despojos del hombre, amarillentos y descarnados, que le están diciendo al transeunte el peligro en que se encuentra. Allí los viajeros como que se agrupan: la senda es ya ancha, pues se ha llegado al lomo de la sierra;

hermosa llanura de 15 á 20 leguas de latitud, que forma el espinazo de ese gigante de la naturaleza: así es que la comitiva, que poco antes se componía de los anillos de una cadena, entonces se repliega, y como que forma una columna compacta de defensa. Y sin embargo de que todos los caminantes van ya juntos, las risas y las conversaciones cesan y un silencio sepulcral reina en aquella soledad: tan sólo se oyen los pasos de las mulas, que con el ojo inquieto y las orejas paradas, están atentas al peligro como los jinetes.

No podríamos definir con nuestra débil pluma el consuelo infinito que se experimenta, cuando á la vuelta del camino, se encuentran los ojos de repente con el ranchito de los Coyotes: sus cuatro paredes sucias, dentro de las cuales en vano se buscaría una cama para descansar, ó viandas para preparar un almuerzo, parece que encierran la alegría; desde que se llega á ellas vuelven á sentirse la tranquilidad y el bienestar. Sin duda es porque el hombre nacido para la sociedad y la civilización, se encuentra en el desierto en un campo extraño á su actividad y destino; pero tan luego como á lo lejos mira en las soledades el penacho de humo que se escapa de la chimenea de alguna habitación, se siente otra vez en su campo de acción, en su vida providencial. El humo es siempre la señal de la existencia, es la bandera que ondea sobre la ciudad y que muestra á lo lejos el lugar del descanso, el hogar de la familia, la grandeza de la patria.

VII

De los Coyotes se pasa á las Naranjas, y de allí al Salto. Este es un rancho cómodo con sus chimeneas en las salas, y con su patio con torres y almenas como un castillo de las orillas del Rhin. Colocado en una bajada de la montaña en medio de un bosque tupido, se figura la imaginación ver en las salas á los amantes trovadores, y semeja la arboleda fantásticas comitivas de cazadores ó piadosos grupos de peregrinos.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Vol. 1625 MONTERREY, MEXICO

¡Qué contentos nos sentimos al calor de las chimeneas, á oír famosas hazañas de los compañeros de viaje que con apaches habían tenido encuentros! Ya uno nos relataba que se había hallado solo frente á tres bárbaros; pero que gracias á su prudencia se salvó, por no haber descargado su arma: los bárbaros jamás atacan al viajero que conserva cargado su rifle. Otro narraba los diversos medios de que usan los apaches para desviar la puntería é impedir que les toquen las balas, tales como deslumbrar con espejos ó con saltos continuos en todas direcciones. En fin, todos tenían algo que decir. Solamente nosotros estábamos callados oyendo el chasquido de las chispas, y pensando que los hombres gustan mucho de hablar del peligro cuando ya no se encuentran en él.

VIII

Del Salto se vuelve otra vez al desierto, que allí, como siempre, cambia de fisonomía. En lugar de bosques de encinos ó pinos, está cubierto el suelo de titánicos ocotes. Los que nos hemos admirado con la vegetación del Monte de las Cruces y Río-frío, vemos después con desdén sus árboles, que parecen arbustos en comparación de los de la Sierra. En esos millares de ocotes hay un tesoro de trementina. Tenemos la idea de buscar las minas solamente en las entrañas de la tierra; pero en nuestro país donde quiera puede encontrar una mina el trabajo.

Los ocotes forman en la Sierra de Durango vistosísimas hileras de columnas, que parece sostienen su cielo de un azul pálido y triste. Sin duda esos árboles que la naturaleza coloca en una rigurosa línea recta, y que entre sus hileras forman como los espacios de las naves de un templo, fueron los que dieron idea á los hombres para construir sus catedrales: el corazón humano sintió cuánto se recoge el alma entre aquellas pilastras naturales, y levantó de piedra un bosque de columnas.

Si el catolicismo resiste todavía en la segunda mitad del siglo XIX, á los embates de la inteligencia y del progreso, es de-

bido tan sólo á que es una religión que alucina enteramente la imaginación. El incienso con sus nubes, las olas de armonía del órgano, la salmodia grave y misteriosa, la luz que se desliza entre las altísimas ojivas, los cirios del altar, y esto en el bosque de pilares cuajados de flores de piedra y bajo un cielo espléndido, que la mano de un Miguel Angel pinta en las vóbedas de granito; todo reunido subyuga el corazón, y más, mientras el corazón es más grande. Se necesita salir al aire libre, sacudir del cerebro la bruma de notas y de aromas que lo habían nublado, y volver á ver al rico en su carruaje y al pobre mendigando, para volverse á sentir en el mundo.

Todos habéis sentido esta magnífica emoción; pues bien, centuplicadla y sentiréis la de la catedral de la Sierra; pero allí las pilastras llegan hasta la vóveda del cielo, y éste no está pintado por Miguel Angel, sino por la mano misma de la naturaleza, y no se adorna con vírgenes y arcángeles, sino, de día, con un pabellón de oro que cuelga del disco del sol, y de noche, con un manto negro cuajado de estrellas, y sobre el cual extiende algunas veces un finísimo velo de plata la luna que se pierde entre las lejanas quiebras de la montaña.

En medio de este bosque de ocotes se levanta un caserío que llaman "La Ciudad." Acaso intentaron algunos montañeses subir hasta allí la civilización; pero no lo consiguieron; ésta no gusta de alejarse de las playas.

IX

En "La Ciudad" el viento es intenso, el huracán tiende sus alas con libertad entera; se ha llegado á lo más alto de la Sierra; algunas pequeñas eminencias que se levantan en aquella llanura, no tienen ya vegetación; las aves no se atreven á llegar allí; el aire es tan delgado, que apenas se puede respirar; el frío es horrible; las botellas llenas de agua se revientan junto al fuego al congelarse ésta; los caminantes llevábamos cada

uno dos zarapes, é íbamos tiritando de frío; el sol está triste y amarillento, parece un sol con tisis.

De repente el viajero se detiene asombrado: el gigante de la sierra se corta á pico bajo sus pies, á una profundidad insondable; la vista no tiene ya obstáculo delante, las miradas del hombre atraviesan veinte leguas, y van á encontrar á esa inmensa distancia el puerto de Mazatlán y la costa del Pacífico, y como una franja negra cerrando el horizonte, el lomo redondo del Océano: entre el mar y esa altura se desarrolla á una gran profundidad, una serie de montes que parecen formados por una mano colosal que hubiera arrugado con sus dedos la costra de la tierra.

Nadie puede figurarse lo que siente el hombre cuando se ve colocado en ese pedestal que le levanta á la altura de los cielos, y que á una profundidad infinita ve desarrollarse bajo sus pies el mundo material con sus montañas, sus bosques, su ríos y sus ciudades, y también el mundo moral con sus pasiones y miserias, con sus ambiciones, sus venganzas, su fe ilusoria y sus esperanzas raquíticas. Allí veíamos rodar un grupo de nubes que descargaban su granizo y su electricidad á quinientas varas bajo de nosotros. Nos parecía que esas nubes nos separaban para siempre del mundo, y sentíamos un bienestar infinito lleno de melancolía: los momentos más felices de la existencia, así como los más grandiosos, llenan el alma de profunda tristeza. Solos, lejos de todo afecto, sin escuchar la voz del hombre ni el ladrido del perro, oyendo el trueno del rayo muy lejos debajo de nosotros, como el acento de vida de un mundo á que ya no pertenecíamos, era sentirse ya en la otra vida, haber dado vuelta á los goznes de las puertas de la tumba. El corazón entonces siente un aliento inmenso que llena todo aquello que se ve vacío; á este aliento lo llamaban los aztecas Teotl.

X

Allí se puede decir que concluye la Sierra de Durango: un camino formado en esa profundísima pared de la montaña conduce al Durazno, primer pueblecito de la costa de Mazatlán. Todavía se camina desde allí por precipicios y barrancas; pero ya no es la Sierra, que se ha cortado á pico de repente formando una inmensa muralla.

La bajada está formada en zig-zag en la roca viva; no puede caminar más que una mula de frente por esa angostísima senda: por un lado se levanta el macizo del monte, y por el otro hay un voladero de más de mil pies de profundidad cuyo fin no puede contemplarse, pues la vista sólo alcanza á ver mucho muy abajo, una bruma negra que borra los objetos. La pared del voladero es tan perpendicular, que los árboles nacen casi horizontales en ella. Desgraciado el viajero cuya mula resbala, ó que atraído por el vértigo se siente lanzado al precipicio; botando de árbol en árbol y de peñasco en peñasco, va desgarrando su cuerpo entre las ramas y las puntas de las piedras, y se va á perder con sus dolores en un abismo de donde ni siquiera podrá llegar su voz á los humanos. Cuando tal desgracia sucede, como ya saben los caminantes que todo auxilio es inútil, no detienen su viaje, lo siguen con un compañero menos.

Nosotros empezamos á descender por ese caracol cuando el disco del sol se hundía á lo lejos detrás de la faja negra del Pacífico: al bajar llegamos al grupo de nubes que llovía sobre el Durazno; el viento las impelía con fuerza, y al pasar sentimos que azotaba nuestro rostro la ala fría de la nube.

A la mitad de la bajada nos sorprendió la noche, y entonces contemplamos una de aquellas pinturas que sólo se encuentran en los cantares del Norte; una comitiva de sombras negras se retorció sobre el precipicio ondulando en el caracol de la montaña; aquellos bultos se movían de una manera indecisa dejan-

do ver de cuando en cuando chispas de fuego que sacaban las herraduras de las mulas, ó visiones claras que formaban los que iban embozados en jorongos blancos; el aire sacudía con furia la copa de los árboles, que formaban raros acentos como de un concierto mortuorio; muy en el fondo se oían los ladridos de los perros, y se veían las luces del pueblecito aparecer y desaparecer como los fuegos fatuos de un cementerio: y, cosa rara, de aquella visión de muerte no salían los aullidos lúgubres del sepulcro, sino alegres conversaciones de los caminantes que veían cerca el lugar de descanso, y risotadas francas de los soldados.

Lo desfiladeros de la Sierra de Durango son sin duda más hermosos y más peligrosos que los de los Alpes: mucho se ha celebrado á Napoleón haber atravesado con artillería estos últimos, y sin embargo, nada más común entre nosotros que atravesar los de la Sierra con piezas de grueso calibre: hemos visto en Mazatlán una batería de á 24 llevada de Durango á la playa por aquellos desfiladeros.

Para que el lector pueda calcular su profundidad, nos bastará decir que aquel vertiginoso caracol está dividido en tres tramos que forman tres gigantescos escalones, que harían inventar la fábula de los Titanes si no estuviera ya inventada; y que el último que cubre el pueblecito del Durazno, y que es el único que desde él se ve, es tan alto, que en la noche las antorchas que llevaron unos guías que mandamos á alumbrar el camino á nuestros compañeros de viaje que se habían retardado, nos parecían estrellas que alumbraban en lo más alto del cielo.

La bajada es tan rápida, que al caer la tarde estábamos tiritando de frío en lo más alto de la Sierra; y tres horas después, nos hallábamos en plena tierra caliente en la primer cañada de la costa.

ALFREDO CHAVERO.

SIERRA DE PACHUCA.

ATOTONILCO EL CHICO.

¡Cuán agradable, risueño y pintoresco es el lugar en que se asienta el Mineral del Chico! La topografía del lugar y la vegetación primaveral que allí se manifiesta eternamente, ofrecen al naturalista un campo vasto para sus estudios.

Atotonilco el Chico se encuentra á tres leguas al Norte de Pachuca; y desde el momento en que el viajero sale de este punto con dirección al primero, empieza á experimentar las sensaciones más agradables. No existe entre ambos lugares una vía que merezca verdaderamente el nombre de camino, pues solamente un estrecho sendero cruza por entre precipicios y desfiladeros que á cada paso infunden temores y sobresaltos aun al viajero más animoso, y que sólo lo pintoresco del lugar puede inspirarle el valor necesario para proseguir en su anhelado viaje. Adelántase el sendero por la muy inclinada falda del cerro de la Magdalena; y si bien su ascenso es cada vez más peligroso, ofrece, en cambio, la oportunidad de poder admirar más libremente las gigantescas obras de la naturaleza.

El acompasado y lejano ruido de las máquinas de vapor, y el que produce el martilleo incesante de los morteros en las haciendas de beneficio; el sonido confuso causado por el choque de las cadenas destinadas á las obras de desagüe; el rechinar de los